

**MARZO
ABRIL 2016**

245

**CUADERNOS
DE DIFUSION
DEL MARXISMO
LENINISMO
MAOISMO**

SUPLEMENTO

hoy

servir al pueblo

Semanario del
Partido Comunista
Revolucionario
de la Argentina

Lenin

El imperialismo (2)

Presentación



*El imperialismo, fase superior del capitalismo fue escrito en la primera mitad de 1916. El estudio de publicaciones de distintos países acerca del imperialismo lo inició Lenin en Berna, en 1916; el libro empezó a escribirlo en enero de 1916. A fines de este mes, Lenin se trasladó a Zurich y siguió trabajando en el libro, en la biblioteca cantonal de esa ciudad. Los extractos, apuntes, observaciones y cuadros que Lenin hizo de centenares de libros, revistas, periódicos y resúmenes estadísticos extranjeros componen más de 40 pliegos de imprenta. Estos materiales fueron publicados en edición aparte en 1939 bajo el título de **Cuadernos sobre el imperialismo**.*

*El 19 de junio (2 de julio) de 1916, Lenin terminó el trabajo y envió el manuscrito a la Editorial Parus. Los elementos mencheviques atrincherados en la Editorial suprimieron de él la dura crítica que se hacía de las teorías oportunistas de Kautsky y de los mencheviques rusos (Mártov, etc.). Cuando Lenin decía “transformación” (del capitalismo en imperialismo capitalista) ellos pusieron “conversión”, el “carácter reaccionario” (de la teoría del “ultraimperialismo”) lo sustituyeron por el “carácter atrasado”, etc. Con el título de **El imperialismo, etapa contemporánea del capitalismo** la Editorial Parus lo imprimió a principios de 1917 en Petrogrado.*

A su llegada a Rusia, Lenin escribió el prólogo del libro, que vio la luz en septiembre de 1917.

*Las notas aquí extractadas corresponden a la segunda parte de dicho libro, cuya primera parte fue publicada en el anterior Cuadernos... N° 244 - enero-febrero 2016. La tercera y última parte fue publicada en el N° 6 **Lenin: El imperialismo**, en junio de 1995, del que realizaremos su reedición en la próxima entrega. ■*

Lenin

El imperialismo, fase superior del capitalismo

Segunda Parte (*Ensayo popular*)

IV. La exportación de capitales

Lo típico del antiguo capitalismo cuando la libre competencia dominaba plenamente, era la exportación de mercancías. Lo típico de la última etapa del capitalismo, cuando impera el monopolio, es la exportación de capitales.

El capitalismo es la producción de mercancías en su más alto grado de desarrollo, cuando la misma fuerza de trabajo se convierte en mercancía. El crecimiento del cambio en el orden interno y, particularmente, en el orden internacional, es rasgo característico del capitalismo. El desarrollo desigual, a saltos, de las distintas empresas y ramas de la industria y de los distintos países, es inevitable bajo el capitalis-

mo. Inglaterra, antes que ningún otro, se convirtió en país capitalista, y hacia mediados del siglo XIX, al adoptar el libre comercio, proclamó ser el “taller de todo el mundo”, el proveedor de artículos manufacturados de todos los países, los cuales, a cambio de ello, debían suministrarle materias primas. Pero en el último cuarto del siglo XIX, este monopolio estaba ya quebrantado, pues otros países, defendiéndose con aranceles “proteccionistas”, se habían transformado en Estados capitalistas independientes. Al iniciarse el siglo XX asistimos a la formación de un nuevo tipo de monopolios: primero, uniones monopolistas de capitalistas en todos los países desarrollados desde el punto de vista capitalista;

segundo, situación monopolista de unos pocos países ricos, en los cuales la acumulación de capital había alcanzado proporciones gigantescas. En los países avanzados surgió un enorme “excedente de capital”.

Es claro que si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que en todas partes marcha hoy muy a la zaga de la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas que, a pesar del asombroso progreso técnico siguen arrastrando, en todas partes, una vida de hambre y miseria, no podría hablarse de un excedente de capital. Este “argumento” es el que esgrimen con frecuencia los críticos pequeñoburgueses del capitalismo. Pero si el capitalismo hiciera esto dejaría de ser capitalismo, pues tanto el desarrollo desigual como el miserable nivel de vida de las masas son condiciones fundamentales e inevitables y constituyen premisas de este modo de producción.

Mientras el capitalismo sea lo que es, el excedente de capital será utilizado, no para elevar el nivel de vida de las masas de un país determinado ya que ello significaría disminuir las ganancias de los capitalistas, sino para acrecentar sus beneficios, exportando capitales al extranjero, a los países atrasados. En estos países atrasados el beneficio es por lo general elevado, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra es relativamente bajo, los salarios son bajos y las materias primas baratas. Lo que ha

hecho posible exportar capitales ha sido el hecho de que una serie de países atrasados hayan sido ya incorporados al mercado capitalista mundial; en esos países se han construido o se están construyendo las principales líneas ferroviarias, se han creado condiciones elementales para un desarrollo industrial, etc. La necesidad de exportar capitales obedece a que en unos pocos países el capitalismo ha “madurado demasiado” y el capital (debido al atraso de la agricultura y a la miseria de las masas) no encuentra campo para inversiones “lucrativas”.

La exportación de capitales alcanzó proporciones gigantescas sólo a principios del siglo XX. Antes de la guerra [de 1914-18], el capital invertido en el extranjero por los tres países principales [Inglaterra, Francia y Alemania] era de 175 a 200 mil millones de francos. Al modesto interés del 5 por ciento, esta suma debía dar un beneficio de 8 ó 10 mil millones anuales. ¡Una buena base para la opresión y explotación imperialista de la mayoría de los países y naciones del mundo, para el parasitismo capitalista de un puñado de Estados acaudalados!

El principal campo de inversión del capital británico son las colonias de Inglaterra, que son muy grandes, incluso en América (por ejemplo, el Canadá), sin hablar de Asia, etc. En este caso, la gigantesca exportación de capitales está estrechamente relacionada con las

vastas colonias, de cuya importancia para el imperialismo hablaré más adelante. En el caso de Francia la situación es diferente. El capital francés que se exporta ha sido invertido principalmente en Europa, en primer lugar en Rusia (10 mil millones de francos por lo menos). Se trata sobre todo de capital prestado, de empréstitos públicos y no de capital invertido en empresas industriales. A diferencia del imperialismo colonial inglés, el imperialismo francés podría ser calificado de imperialismo usurario. En el caso de Alemania tenemos una tercera variedad: sus colonias no son considerables y el capital alemán invertido en el extranjero está distribuido en forma muy pareja entre Europa y América.

La exportación de capitales influye en el desarrollo del capitalismo en aquellos países a los que ha sido exportado y lo acelera extraordinariamente. Por consiguiente, si bien la exportación de capital puede, hasta cierto punto, tender a frenar el desarrollo en los países exportadores de capital, ello sólo puede hacerse expandiendo e intensificando el desarrollo del capitalismo en todo el mundo.

El capital financiero ha creado la época de los monopolios, y los monopolios introducen en todas partes los principios monopolistas: la utilización de “vinculaciones” para transacciones ventajosas reemplaza la competencia en el mercado abierto. Lo más corriente

es estipular que parte del préstamo otorgado se invierta en compras en el país acreedor, particularmente de pertrechos bélicos, barcos, etc. Francia recurrió muy a menudo a este método en el curso de las dos últimas décadas (1890–1910). La exportación de capitales se convierte así en un medio de estimular la exportación de mercancías. Con respecto a esto, las transacciones entre empresas particularmente grandes adoptan una forma que, como “delicadamente” dice Schilder, “linda con el soborno”. Krupp en Alemania, Schneider en Francia y Armstrong en Inglaterra son ejemplos de firmas que tienen vinculaciones estrechas con bancos gigantescos y con gobiernos, y a las que no es fácil “ignorar” cuando se negocia un empréstito.

El capital financiero tiende sus redes, literalmente, podría decirse, en todos los países del mundo. En esto desempeñan un papel importante los bancos fundados en las colonias, así como sus sucursales. Los imperialistas alemanes miran con envidia a los “viejos” países coloniales, los cuales fueron particularmente afortunados al precaverse al respecto. Inglaterra tenía en 1904 un total de 50 bancos coloniales con 2.279 sucursales (en 1910 había 72 bancos con 5.449 sucursales); Francia tenía 20 con 136 sucursales; Holanda 16 con 68 sucursales, y Alemania “sólo” tenía 13 con 70 sucursales. A su vez, los capitalistas norteamericanos envidian a los ingle-

ses y alemanes: “En América del sur – se lamentaban en 1915–, 5 bancos alemanes tienen 40 sucursales, y 5 bancos ingleses tienen 70 sucursales [...]. En los últimos veinticinco años. Inglaterra y Alemania han invertido en la Argentina, Brasil y Uruguay 4 mil millones de dólares aproximadamente, y como resultado disfrutaron del 46 por ciento del total del comercio de esos tres países”.

Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre sí en el sentido figurado de la palabra; pero el capital financiero ha llevado al real reparto del mundo.

V. El reparto del mundo entre asociaciones de capitalistas

Las asociaciones capitalistas monopolistas –cárteles, sindicatos, trusts– primero se reparten entre sí el mercado interno y se apoderan de un modo más o menos completo de la industria del propio país. Pero bajo el capitalismo el mercado interno está inevitablemente entrelazado con el mercado exterior. El capitalismo creó hace tiempo un mercado mundial. Y a medida que aumentaba la exportación de capitales y se ampliaban en todo sentido las vinculaciones extranjeras y coloniales y las “esferas de influencia” de las más grandes asociaciones monopolistas, las cosas gravitaron “naturalmente” hacia un acuerdo universal entre esas asociaciones, y hacia la formación de cár-

teles internacionales.

Este es un nuevo grado de la concentración mundial del capital y la producción, incomparablemente más elevado que los grados anteriores. Veamos cómo aparece este supermonopolio.

La industria eléctrica es sumamente característica de los últimos progresos técnicos, y muy característica del capitalismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Donde más se ha desarrollado esta industria ha sido en los dos principales de los nuevos países capitalistas, Estados Unidos y Alemania. En Alemania, la crisis de 1900 dio un impulso particularmente grande a su concentración. Durante la crisis, los bancos, que en aquel entonces estaban ya bastante fusionados con la industria, aceleraron e intensificaron enormemente la ruina de las empresas relativamente pequeñas y su absorción por las grandes. “Los bancos –dice Jeidels– negaron su ayuda precisamente a las empresas que más necesidad tenían de capital, provocando con ello, primero, un auge frenético y después la quiebra irremediable de las empresas que no estaban suficientemente vinculadas con ellos”.

La revista berlinesa Die Bank decía al respecto que Alemania sólo podría luchar contra el trust petrolero creando un monopolio de la electricidad y convirtiendo la energía hidráulica en electricidad barata. Pero –añadió–, “el monopolio de la electricidad vendrá cuando lo necesiten los productores, a



"Lo típico de la última etapa del capitalismo, cuando impera el monopolio, es la exportación de capitales". Lenin



"El desarrollo desigual, a saltos, de las distintas empresas y ramas de la industria y de los distintos países, es inevitable bajo el capitalismo". Lenin

saber, cuando sea inminente el próximo gran crac en la industria eléctrica, y cuando no puedan ya funcionar con beneficio las gigantescas y costosas centrales eléctricas que construyen en todas partes, a un alto costo, las empresas eléctricas privadas, que están obteniendo ya algunas franquicias municipales, estatales, etc. Entonces se deberá utilizar la energía hidráulica; pero no será posible convertirla en electricidad barata a expensas del Estado; será también necesario entregarla a un 'monopolio privado controlado por el Estado', pues la industria privada ha firmado ya una serie de contratos y estipulado grandes indemnizaciones... Así ocurrió con el monopolio de la potasa, así ocurre con el monopolio del petróleo, así ocurrirá con el monopolio de la energía eléctrica. Es hora ya de que nuestros socialistas de Estado, que se dejan deslumbrar por principios brillantes, comprendan, por fin, que en Alemania los monopolios nunca persiguieron el objetivo, ni tampoco obtuvieron el resultado, de beneficiar al consumidor, o, incluso de entregar al Estado parte de los beneficios empresarios; han servido únicamente para facilitar, a costa del Estado, la recuperación de las industrias privadas que estaban al borde de la quiebra".

Tales son las valiosas afirmaciones que se ven obligados a hacer los economistas burgueses alemanes. Vemos aquí claramente cómo, en la época del

capital financiero, se entrelazan los monopolios privados y del Estado; como los unos y los otros no son en realidad más que distintos eslabones de la lucha imperialista entre los grandes monopolistas por el reparto del mundo.

Algunos escritores burgueses (a los cuales se ha unido ahora K. Kautsky, que abandonó completamente la posición marxista, que sostuvo por ejemplo, en 1909) han expresado la opinión de que los cárteles internacionales, por ser una de las expresiones más sorprendentes de la internacionalización del capital, traen una esperanza de paz entre los pueblos bajo el capitalismo. Desde el punto de vista teórico esta opinión es completamente absurda, y en la práctica un sofisma y una defensa deshonesta del peor oportunismo.

Los cárteles internacionales muestran hasta qué punto se han desarrollado los monopolios capitalistas y cuál es el objetivo de la lucha entre las diferentes asociaciones capitalistas. Esta última circunstancia es la más importante; sólo ella nos muestra el sentido histórico-económico de lo que ocurre, pues las formas de la lucha pueden cambiar, y cambian constantemente de acuerdo con causas variables relativamente específicas y temporales, pero la esencia de la lucha, su contenido de clase, no puede cambiar mientras existan las clases. Naturalmente, a la burguesía alemana, por ejemplo, a cuyo lado en realidad se ha pasado Kautsky

en sus argumentos teóricos (de ello me ocuparé más adelante), le conviene ocultar el contenido de la actual lucha económica (por el reparto del mundo) y subrayar ya una ya otra forma de dicha lucha. En este mismo error incurre Kautsky. Y no se trata, por supuesto, sólo de la burguesía alemana, sino de la burguesía de todo el mundo.

Los capitalistas se reparten el mundo, no debido a una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado los obliga a seguir ese camino para obtener beneficios; y se lo reparten “proporcionalmente al capital”, “proporcionalmente a la fuerza”, porque no puede existir otro método de división bajo la producción mercantil y el capitalismo. Pero la fuerza varía según el grado de desarrollo económico y político; para poder comprender lo que está aconteciendo, es necesario saber qué problemas han quedado resueltos con el cambio en las fuerzas. Si dichos cambios son “puramente” económicos o no económicos (por ejemplo, militares), es un problema secundario que de ningún modo puede influir en la concepción fundamental sobre el último período del capitalismo. Reemplazar el contenido de la lucha y los acuerdos entre las asociaciones capitalistas por el problema de la forma de esa lucha y esos acuerdos (hoy pacífica, mañana bélica, pasado mañana otra vez bélica) significa descender al papel de sofista.

La época de la última etapa del capitalismo nos muestra que entre las asociaciones capitalistas han surgido determinadas relaciones sobre la base de la división económica del mundo, mientras que paralelo y vinculado a ello, surgen determinadas relaciones entre las asociaciones políticas, entre los estados, sobre la base de la división territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la “lucha por esferas de influencia”.

VI. El reparto del mundo entre las grandes potencias

Como ni en Asia ni en América hay tierras desocupadas, es decir, que no pertenezcan a ningún Estado, hay que decir que el rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo de la Tierra, definitivo no en el sentido de que sea imposible **repartirla de nuevo** –al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables–, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas **ha terminado** ya la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son **únicamente** nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un “amo” a otro, y no el paso de un territorio sin amo a un “dueño”.

Vivimos, por consiguiente, en una época singular de la política colonial



"Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un "amo" a otro, y no el paso de un territorio sin amo a un "dueño". Lenin



"Para esta época son típicos no solo los dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y los países coloniales, sino también las formas variadas de países dependientes políticamente independientes, desde un punto de vista formal, pero, en realidad, envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas, la semicolonía, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina". Lenin

del mundo que se halla íntimamente relacionada con la “novísima fase de desarrollo del capitalismo”, con el capital financiero.

El capital financiero es una fuerza tan considerable, por decirlo así tan decisiva en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de una independencia política completa. Para el capital financiero la subordinación más beneficiosa y más “cómoda” es **aquella** que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos. Los países semicoloniales son típicos, en este sentido, como “caso intermedio”. Se comprende, pues, que la lucha por esos países semidependientes haya tenido que exacerbarse particularmente en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo se hallaba ya repartido.

La política colonial y el imperialismo existían ya antes de la fase actual del capitalismo y aun antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, llevó a cabo una política colonial y realizó el imperialismo. Pero los razonamientos “generales” sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en banalidades vacuas o en fanfarronadas, tales como la de comparar “la Gran Ro-

ma con la Gran Bretaña”. Incluso la política colonial capitalista de las fases **anteriores** del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero.

La particularidad fundamental del capitalismo moderno consiste en la dominación de las asociaciones monopolistas de los grandes empresarios. Dichos monopolios adquieren la máxima solidez cuando reúnen en sus manos **todas** las fuentes de materias primas, y ya hemos visto con qué furor los grupos internacionales de capitalistas dirigen sus esfuerzos a arrebatar al adversario toda posibilidad de competencia, a acaparar, por ejemplo, las tierras que contienen mineral de hierro, los yacimientos de petróleo, etc.

Claro que los reformistas burgueses, y entre ellos los kautskianos actuales sobre todo, intentan atenuar la importancia de esos hechos, indicando que las materias primas “podrían ser” adquiridas en el mercado libre sin una política colonial “cara y peligrosa”, que la oferta de materias primas “podría ser” aumentada en proporciones gigantescas con el “simple” mejoramiento de las condiciones de la agricultura en general. Pero esas indicaciones se convierten en una apología del imperialismo, en el embellecimiento del mismo, pues se fundan en el olvido de la particularidad principal del capitalismo moderno: los monopolios. El mercado libre pasa cada vez más al dominio de la historia, los sindi-

catos y trusts monopolistas van reduciéndolo de día en día, y el “simple” mejoramiento de las condiciones de la agricultura se reduce al mejoramiento de la situación de las masas, a la elevación de los salarios y a la disminución de los beneficios. ¿Dónde existen, como no sea en la fantasía de los reformistas dulzones, trusts capaces de preocuparse de la situación de las masas y no de la conquista de colonias?

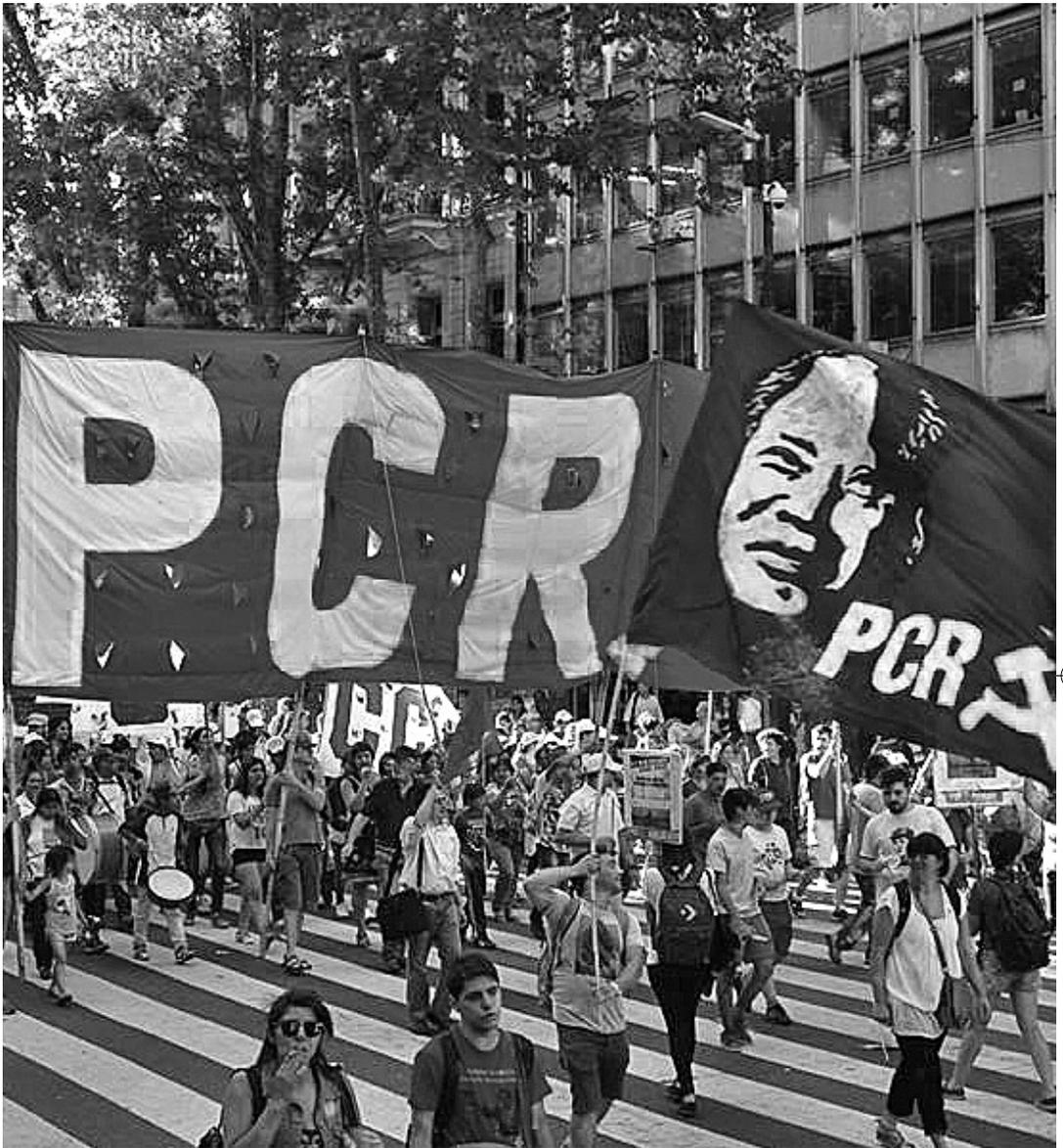
Puesto que hablamos de la política colonial de la época del imperialismo capitalista, es necesario hacer notar que el capital financiero y la política internacional correspondiente, la cual se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, crean toda una serie de formas de **transición** de dependencia estatal. Para esta época son típicos no solo los dos grupos fundamentales de países: los que poseen colonias y los países coloniales, sino también las formas variadas de países dependientes políticamente independientes, desde un punto de vista formal, pero, en realidad, envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas, la semicolonias, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina.

Según Schilder, los capitales invertidos por Inglaterra en la Argentina, de acuerdo con los datos suministrados por el cónsul austro-húngaro en Buenos Aires, fueron, en 1909, de 8.750 millones

de francos. No es difícil imaginarse qué fuerte lazo se establece entre el capital financiero –y su fiel “amigo”, la diplomacia– de Inglaterra y la burguesía argentina, los círculos dirigentes de toda su vida económica y política.

El ejemplo de Portugal nos muestra una forma un poco distinta de dependencia financiera y diplomática bajo la independencia política. Portugal es un Estado independiente, soberano, pero en realidad, durante más de doscientos años, desde la época de la guerra de sucesión de España (1701–1714), se halla bajo el protectorado de Inglaterra. Inglaterra lo defendió y defendió las posesiones coloniales del mismo para reforzar su propia posición en la lucha con sus adversarios: España y Francia. Inglaterra obtuvo en compensación ventajas comerciales, mejores condiciones para la exportación de mercancías y, sobre todo, para la exportación de capitales a Portugal y sus colonias, la posibilidad de utilizar los puertos y las islas de Portugal, sus cables, etc., etc. Este género de relaciones entre algunos grandes y pequeños Estados ha existido siempre, pero en la época del imperialismo capitalista se convierte en sistema general, entran a formar parte del conjunto de relaciones que rigen el “reparto del mundo”, pasan a ser eslabones en la cadena de las operaciones del capital financiero mundial. ■





"No es difícil imaginarse qué fuerte lazo se establece entre el capital financiero -y su fiel 'amigo', la diplomacia- de Inglaterra y la burguesía argentina, los círculos dirigentes de toda su vida económica y política". Lenin

Foto: el PCR de la Argentina, vanguardia en la lucha contra todos los imperialismos.

cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo



Otros textos de Lenin en esta colección

1 Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo / 3 Sobre el Estado / 6 El imperialismo / 9 Sobre el Partido / 11 La Juventud / 14 Las elecciones y la dictadura del proletariado / 17 La Comuna de París / 18 El movimiento de mujeres / 22 La prensa partidaria / 23 El problema agrario / 26 Dos tácticas / 32 Sobre la dialéctica / 35 La revolución rusa / 46 Las mujeres y la revolución / 50 La insurrección / 54 El marxismo y la insurrección / 55 La guerra de guerrillas / 59 Sobre el programa / 63 La doctrina de Marx / 64 La economía marxista / 65 El socialismo / 68 Ejército revolucionario y gobierno revolucionario / 72 Las armas / 75 La milicia popular / 81 El "izquierdismo" / 82 Los compromisos / 87 Tesis de Abril / 90 Marxismo y revisionismo / 92 El Estado comuna / 93 La dictadura / 94 Ante la catástrofe / 103 La transición al comunismo / 104 El problema nacional / 105 Situación revolucionaria / 106 ¿Qué hacer? / 107 La organización / 108 Partido y clase / 111 La mujer / 123 La flexibilidad /

Ultimos Cuadernos publicados

150 Gramsci: Espontaneidad y conciencia / 151 Mao: Temas filosóficos / 152-153: Guevara: Marx y Engels (I y II) / 154-155: O. Vargas: Los ignorados (1 y 2) / 156-157 Lenin: Sobre la cooperación (1 y 2) / 158 Marx-Engels: Manifiesto del Partido Comunista / 159 Marx: Crítica al programa de Gotha (1) / 160-161 O. Vargas: Somos el partido del comunismo (1 y 2) / 162 Marx: Crítica al programa de Gotha (2) / 163 Mao: Las clases en el campo / 164 Guevara: La transición socialista / 165 Mao: Contra el culto a los libros / 166 Mao: La transición socialista / 167-168 Mao: El frente único (1 y 2) / 169 Engels: Economía Política / 170 Gramsci: La caída de la tasa de beneficio / 171 Mao: La unidad del Partido / 172 Myrdal: China: La revolución continuada / 173 Mao: Como tratar los errores / 174 O. Vargas: La lucha de ideas / 175 P.C. de China: Dos caminos en el socialismo / 176-177 N. Podvoiski: Lenin y la insurrección / 178 Lenin: Los revolucionarios y los compromisos / 179 PCR: El clasismo revolucionario / 180-181 Lenin: Sobre el sindicalismo (1 y 2) / 182 Mao: Corrijamos las ideas y métodos erróneos / 183-184-185-186 Lenin: El Estado y la revolución (1, 2, 3 y 4) / 187-188 PCR: El carácter de la revolución (1 y 2) / 189-190 Serge: Sobre la represión (1 y 2) / 191-192 Lenin: Sobre el antiparlamentarismo (1 y 2) / 193-194 PCR: La rebelión agraria (1 y 2) / 195 Guevara: La conciencia revolucionaria / 196-197 Vargas: El marxismo y la revolución argentina / 198-199 Lenin: Los revolucionarios y las elecciones (1 y 2) / 200 Lenin: Los revolucionarios y los pactos electorales / 201 Lenin: Organización sindical y organización revolucionaria / 202-203 Mao: Combatir las frases hechas del Partido (1 y 2) / 204 Engels: El origen de las clases / 205 Engels: El origen del Estado / 206 Mao: Las tareas de la revolución / 207 O. Vargas: Che: un coloso de la revolución / 208 Mao: La reforma agraria y el movimiento de masas / 209-210 O. Vargas: Los aportes de Mao Tsetung (1) / 218 O. Vargas: Los aportes de Mao Tsetung (2) / 219 Guevara: Debates sobre economía política / 220 Lenin: Biografía de Carlos Marx / 221 Lenin: Biografía de Federico Engels / 222 Krupskaja: Aprendamos de Lenin / 223 Marx: El método de la economía política / 224 Mao/Lenin: Sobre el estudio / 225 Mao: La construcción del Partido Comunista / 226 Mao: Atender las necesidades de las masas / 227 Dimitrov: Sobre los militantes / 228 Lenin: Los revolucionarios y las instituciones burguesas / 229 Marx-Engels: Sobre "El capital" / 230 PCR: La década kirchnerista / 231 PCR: La línea de hegemonía proletaria / 232 José Díaz: La España revolucionaria / 233 Zhou Enlai: Aprender de Mao Zedong / 234 Zhou Enlai: Sobre el nuevo arte y literatura / 235 José Díaz: Por la unidad de los obreros / 236 Mao: Las clases en la revolución china / 237 Mao: Sobre la práctica (1) / 238 Mao: Sobre la práctica (2) / 239 Mao: La reforma agraria en China / 240 José Díaz: Las elecciones de 1936 en España / 241 Mao: Sobre los comités del partido / 242 Mao/Lenin: Las mujeres y la revolución / 243 Mao: Sobre el partido / 244 Lenin: El imperialismo (1)

Pídalos a su distribuidor. Los miércoles en su kiosco.



SERVIR AL PUEBLO

SEMANARIO DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE LA ARGENTINA